

Os hablaba recientemente de la necesidad de elevar nuestro pedestal, el pedestal de los pueblos de lengua castellana, para que resulten más visibles nuestros escritores y pensadores, nuestros publicistas y literatos. Y uno de los medios es, sin duda, promover las traducciones y favorecerlas.

Algo se traducen las obras españolas e hispano-americanas, aunque no mucho ni con una suficiente selección. Tradúceselas un poco a la ventura. Y hay algo peor y es que, en general, esas traducciones suelen ser retraducciones, sobre todo cuando son al francés. Quiero decir que no pocos de los libros españoles que se traducen al francés, no son sino restituidos a su propia lengua, ya que se trata de obras que fueron inspiradas en la literatura francesa, de obras pensadas más bien en francés que en español, de obras escritas acaso para ser traducidas al francés.*

Es achaque bastante general en los hispanistas otros les llaman hispanófilos- franceses el que vengan a estudiar en nuestra literatura sobre todo y ante todo la influencia que de la suya ha recibido. Les cuesta ver lo que tenemos de más propio, lo que más de ellos nos distingue. Con raras excepciones no son muy sensibles a nuestro casticismo. (Entre estas excepciones se cuenta M. Georges Le Gentil, cuya excelente obra sobre Bretón de los Herreros estoy leyendo con grande encanto. Y es que he encontrado pocos extranjeros que se adentren en nuestro espíritu y que ~~tán~~ dentro de él~~l~~ hayan penetrado como este profesor del Liceo de Toulouse. Su libro es un modelo en su género y una vivísima pintura de la España de mediados del siglo XIX).

No ocurre esto en igual grado a los italianos. Los hispanistas italianos comprenden y sienten mucho mejor que los franceses nuestras cosas. Y es que entre el alma española y el alma italiana hay muchas más afinidades íntimas que entre cualquiera de ellas y la francesa. Las relaciones mutuas entre las literaturas española e italiana han sido más íntimas, más profundas, más radicales que entre nuestra literatura y la francesa, aunque estas últimas sean más aparentes y de más bulto.

Lo italiano, y hasta lo inglés, hemos conseguido hacérselo más propio que lo francés. Hasta en los vicios literarios coincidimos.

Muchas veces se ha trazado la historia de las relaciones culturales entre España e Italia; muchas veces se ha investigado sobre la enorme influencia que aquí ejerció el Dante y en Italia Cervantes. Me limitaré aquí a hacer constar que en las dos más grandes empresas espirituales de España, que son el descubrimiento de América y la creación del Quijote colaboró en cierto modo Italia; en el descubrimiento de América dándonos a Colón, y en la creación del Quijote porque el espíritu de Cervantes se nutrió de cultura italiana.

Y esta mutua relación e influencia lejos de amenguarse parece que empieza a acrecentarse de nuevo. Cada vez son hoy más los que aquí se interesan por la cultura italiana, y en especial por su literatura, y cada vez son más en Italia los que por nuestra cultura se interesan. El hispanista italiano es para mí el más simpático de los hispanistas, porque suele ser el menos erudito en el mal sentido de esta palabra, el menos profesional. Conozco bastantes italianos que leen y saborean a nuestros escritores tanto antiguos como contemporáneos, para recrearse con su lectura, por placer estético, y no para resolver cuestiones de erudición o de crítica, no para resolver problemas académicos.

Y no creo que la Argentina sea ajena a este movimiento. Muchos de los italianos que se interesan por nuestra literatura han aprendido en América la lengua castellana.

Y he aquí por dónde América es para nosotros, los españoles, uno de los caminos a Europa. Y estos italianos que habiendo aprendido el castellano en América llegan luego a interesarse e interesar a compatriotas suyos por la literatura española no suelen ser universitarios, profesionales de la investigación literaria, no suelen pertenecer a esa formidable especie de castores intelectuales constructores de tesis académicas. Son libres espíritus que han aprendido castellano viviendo y para vivir. Y por eso luego buscan y ven en la literatura vida.

A esta clase de hombres pertenece Gilberto Beccari, florentino, un joven que cuando no había aún cumplido los veinte años se fué a esa próspera Argentina, como otros tantos de sus compatriotas. Y ahí vivió como agricultor y recorrió el Gran Chaco que ~~describió~~ describió en una serie de artículos interesantísimos y llenos de vida de realidad en el diario de Florencia La Nazione, el año de 1907. Los artículos llevan por título común: "Un ángulo d' America inexplorata". Narró también costumbres de indios en sus "Impresiones de viaje" y ha publicado una monografía I guaraní, sobre la raza y lengua de los guaraníes con quienes vivió.

Beccari aprendió ahí, mientras se ganaba la vida, el castellano y lo aprendió a maravilla lo escribe como cualquier español que lo escriba bien. En las cartas que me dirige, pues mantenemos frecuente correspondencia, unas veces se expresa en italiano, otras en español, y cuando en español lo hace jamás puedo tacharle ni una sola falta. Aprendió ahí, Beccari el castellano y se aficionó a la literatura española e hispano-americana. Y vuelto a su patria, a esa espléndida Florencia que relumbra ante mi memoria con la lozanía de los vein-

269

ticinco años, que era la edad que yo tenía cuando devotamente la visité en artística romería, se dedicó Beccari a dar a conocer a los italianos los escritores contemporáneos españoles e hispano-americanos, ya con noticias sobre ellos, ya con traducciones de algunas de sus producciones. Y traducidas egregiamente. Por mi parte sé decir que conozco un escritor español, mi más íntimo e inseparable amigo -aunque algunos dicen y aseguran que es mi mayor enemigo- que al leer en la revista Poesía, que en Milán publica Marinetti el futurista, una poesía suya, de ese mi amigo o enemigo, traducida, en verso también, por Beccari, se dijo para sí: pues, señor, me gusta más así, traducida, que en el original, la ha entendido mejor que yo.

En esa revista, desgraciadamente difunta ya, en la Nuova Rassegna di letterature moderne, publicó Beccari un trabajo "L'Argentina poetica" en que daba noticia de Vicente López, Juan Cruz Varela, Echeverría, Marmol, Domínguez, Encina, Olegario Andrade -artefice sommo del verso e dello stile, plasmatore sommo delle imagini; dote que ci compensano ampiamente la volgarità in cui spesso incorre, lo cual es, como crítica, definitivo-, Mitre -lamentándose de que los italianos no conmemoraran debidamente la muerte del traductor del Dante- Guido Spano, Rafael Obligado, Ricardo Gutiérrez, y además Díaz Romero, Ricardo Rojas, Leopoldo Díaz, Ghirardo, Lugones, Ugarte y los poetas gauchescos. Y luego en otro trabajo "Poesía paraguaya", tradujo la "Indiferencia" de Pane y el "Natalicio Talavera" de O'Leary.

Feneció la Nuova Rassegna, tal vez por no haber hallado suficiente calor ni en Italia, ni en España, ni en América, y perdimos una vez más un órgano de comunicación mutua. Pero Beccari no se aquietó ideando al punto la creación de una Biblioteca italiana, de autores españoles e hispano-americanos. La dificultad estribaba en encontrar un editor, porque qué editor italiano -y quien dice italiano dice inglés, francés o alemán- se arriesga a publicar traducciones de obras españolas e hispano-americanas? ¿A quién le interesa esto en esos países entre el gran público, el que sostiene una empresa editorial?

- ¿A quién que no sea un erudito o un caprichoso, le interesa en esos países europeos de curiosidad embotada, lo que a nosotros se refiere? Y lo que se refiere a cualquier cosa que no sea lo suyo propio, lo de ellos.

En colecciones de autores de todas partes figuran, sí, algunos españoles. En la Biblioteca Universal alemana de Reklam -modelo de colecciones económicas- hay traducciones de obras españolas; no sólo antiguas, de Cervantes, Calderón, Lope y Gracián, sino modernas de Valera, Alarcón, Echegaray. Pero publicar una colección de obras españolas e hispano-americanas traducidas, esto es ya otra cosa. Y a esta empresa se ha lanzado Beccari; a la empresa de publicar una biblioteca italiana de autores españoles e hispano-americanos.

Para ello necesitaba un editor. ¿Un editor? ¿No es nada la cosa? Los editores han solido ser el blanco de los desahogos de los autores, así como los caseros lo son de los inquilinos. Y en uno y otro caso hay no poco de injusticia. En estas mismas páginas, hablándoos de la labor cultural de José Lázaro, nuestro meritísimo editor y director de La España Moderna -nuestra primera y mejor revista, sin duda- os decía algo de los editores y de la valía de su función social, cuando es inteligente. Las más de las empresas literarias que fracasan, fracasan por falta de un inteligente editor, así como el fracaso de un periódico suele deberse a la administración más que a la redacción. Una obra literaria es después de todo, y pese a los moños que los literatos nos ponemos y a nuestras ínfulas, un artículo de comercio. Y Beccari encontró en Florencia un editor arrojado en la persona de Ferrante Gonnelli. Y así es cómo ha podido inaugurar su biblioteca italiana de Autores Españoles e Hispano-Americanos. (2)

La ha inaugurado con la traducción de El Político -Il Politico- de Azorín.

De este nuestro "Azorín" os hablaba no hace mucho tiempo en estas mismas páginas -las correspondientes al 18 de marzo- Francisco Acebal. Y apenas tengo ahora que añadir nada a lo que éste os dijo. Digo ahora porque me propongo ~~hablar~~ decir también algo, y aun algo, sobre este nuestro Azorín -y tan nuestro;- pero a su tiempo y sazón. Una sola cosa quiero apuntar ahora y es que la sencillez de Azorín no me parece, como le parece a Acebal, mucho más ingenua como más primitiva que la de Anatole France.

No, ni la prosa de Anatole France ni la de Azorín tienen nada de ingenuo ni de primitivo.

Es más; la sencillez literaria rara, rarísima vez es primitiva ni ingenua. La sencillez ingenua y primitiva en el escribir apenas la encontramos sino en cartas de mujeres escritas no más que para ser leídas por sus padres, hermanos o hermanas, amigas, maridos, novios ó hijos. En literatura esa sencillez sólo se encuentra muy de tarde en tarde, y en mujeres también. Entre nosotros en Santa Teresa sobre todo. La otra sencillez la de Anatole France, la de Azorín, es una sencillez rebuscada y conseguida a fuerza de esfuerzo, es el refinamiento final, como en los vinos, productos de largas y complicadas destilaciones. No se empieza, se acaba escribiendo sencillamente.

Y acaban escribiendo sencillamente los escritores reflexivos y poco apasionados. La pasión no habla con sencillez nunca. La pasión es tumultuosa y enfática; la sintaxis de la pasión es una sintaxis que se precipita, que se atropella. Se transparenta en el escrito el trabarse ~~laxiengua~~ de la lengua y su tartamudear.



Acebal agrega que en ambos, en France y en Azorín, se advierte la ironía. Y la ironía es, como de sencillez refinada y término de destilaciones de estilo, otro efecto del desapasionamiento. El apasionado no puede ser ni sencillo ni irónico. Es tumultuoso, turbio y enfático, y, cuando quiere burlarse insulta. La sencillez se le convierte en sequedad; la ironía se le convierte en sarcasmo. Rousseau es un escritor apasionado, Lammenais otro y otro Carlyle. Y apasionado era Pascal. Entre nosotros, los españoles, muchos.

Azorín es un escritor reflexivo, muy reflexivo consciente, muy consciente. Es muy poco lo que hay de espontáneo, de poinesanties -no encuentro equivalente en castellano- en su arte. Casi todo en él es, y vuelvo a reincidir en palabra francesa, youlu. Todos los que hemos seguido con alguna atención la carrera literaria de Azorín le hemos visto cómo ha ido formándose -deformándose, reformándose y transformándose- en continua evolución, en constante lucha consigo mismo y con su arte. Lo cual ha exasperado a muchos que buscan los hombres estatuas, inmutables e intransformables. Porque aquí molesta mucho el que un autor viva como tal autor.

Se ha puesto de moda cuando de Azorín se habla hablar de sus inconsecuencias. Y no conozco hombre más consecuente desde que escribía en anarquista hasta ahora que escribe en conservador. El artista escéptico -escéptico por esteticismo- ha permanecido el mismo. Y el mismo siempre, el luchador con el público, con ese público que quiere petrificarnos con su mirada, congelarnos en el gesto con que una vez le sorprendemos la distraída atención, convertírnos, como a Lot, en estatuas de sal.

Gilberto Beccari ha traducido una obra característica de Azorín, no lo más íntimo y jugoso de él pero sí lo más acomodado tal vez al público italiano, pues que se trata de una obra inspirada en otra obra maestra clásica italiana. El Político de Azorín está, en efecto, inspirado en El Príncipe de Maquiavelo y me consta que Azorín antes de escribir su obra estudió detenidamente, la del gran secretario florentino.

Y así resulta que al verter Beccari al italiano El Político, de Azorín y verterlo de una manera magistral, lo ha revertido en parte a una de sus fuentes.

Hay, sin embargo, aparte de otras una profunda, una radical diferencia entre El Político de Azorín y El Príncipe, de Maquiavelo, y es que ésta, la obra del florentino, es en el fondo una obra de pasión, y la otra no lo es. En la sólida y recia obra del secretario de Florencia no se advierte la alada ironía, la ironía casi imperceptible, que vela y esfuma las páginas todas de El Político, de Azorín. En la obra de éste, de Azorín, el lector avisado duda a las veces si todo aquello se dice en serio o en broma, si no hay un fondo de ironía, si el autor no está tomando el pelo a su modelo el Político. A ratos se descubren líneas de caricatura. Diríase que el autor, tras elogiar a su modelo, quiere sugerirnos la sequedad de éste, su superficialidad, todo lo ~~que~~ que en él hay de teatral u puramente externo.

Añádase que la malicia quiso ver en ese político modelo un hombre de carne y hueso, o por lo menos de apariencia visible, un elegante político español, pulido en el hablar y en el vestir pulido, un político español de casta de artistas, preocupado más que de otra cosa de la estética, de la gallardía del gesto, un político que se dedica a hacer frases, casi siempre de dudoso gusto, pero en cambio faltas de toda hondura de contenido.

El Político de Azorín es un manual más que de política, de esteticismo. Si los políticos siguiesen sus consejos pronto caeríamos en el más desolador bizantinismo, pero sin las violentas pasiones, que a Bizancio conmovieron.

Se ha dicho que las novelas de Galdós serán dentro de un siglo el testimonio más claro del ambiente de ramplonería chabacana y de mezquindad aburguesada de la España de la llamada Restauración. Pues bien, El Político de Azorín, será un día el testimonio más claro de la elegante y huera sequedad de nuestro conservadorismo, que lo es todo menos conservador. De éste horrible conservadorismo, falto de toda pasión, que como el Político de Azorín se preocupa del corte del calzado y de la cadena del reloj.

Y he aquí cómo El Político de Azorín es una de las obras más características que últimamente se hayan escrito en España.

Y aparta estas consideraciones de orden literario desde otro punto de vista lingüístico pedagógico es un acierto la traducción al italiano de El Político de Azorín.

Desde el punto de vista de una nueva ayuda para aprender el italiano y el español. Un amigo mío que se proponía aprender alemán, en vez de comprar obras alemanas compró las traducciones al alemán de la Pepita Jiménez de Valera; El sombrero de tres picos, de Alarcón; y O locura o sanidad, de Echegaray, y leía los textos alemanes con el original español a la vista. "Es mejor que leer originales alemanes con traducción española delante", me dijo. Y acaso tenga razón. Como textos de lengua, tanto para los italianos que quieren aprender español como para los españoles que quieran aprender italiano, El Político, de Azorín y su traducción por Beccari son excelentes.

¿Obtendrá éxito la empresa que con esta traducción han emprendido Gilberto Beccari y su editor Ferrante Gonnelli? No lo sé. Depende de la acogida que ~~larga~~ obtenga en Italia, pero depende también de la acogida que obtenga en España e Hispano-América. En nosotros, los españoles e hispano-americanos, es obra de altísimo patriotismo favorecerla. Y he ahí por qué he escrito estas líneas.

Salamanca, mayo de 1910

6 (

(La Nación, Buenos Aires, 22-VI-1910)

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USALES